

RUGBY Y MASCULINIDAD: DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA... SÓLO PARA HOMBRES

POR BRANZ, JUAN BAUTISTA

En el siguiente texto, intentaré desarmar algunas de las relaciones constituidas entre jugadores de rugby de la ciudad de La Plata¹⁶, y establecer reflexivamente, cómo se estructura ese deporte, cuál es el sentido de distinción social y cultural atribuido por los sujetos que lo practican, y qué significados se producen (y reproducen) en relación a la construcción de identidades masculinas entre los hombres que participan del juego.

ENFOQUES Y PUNTOS DE PARTIDA¹⁷

A partir de pensar que desde el campo del deporte –como espacio analíticamente plausible en las ciencias sociales– es posible poner en tensión conceptos relacionados a problemáticas

¹⁶Capital de la provincia de Buenos Aires, Argentina.

¹⁷Este escrito forma parte de uno de los tantos recortes del trabajo de investigación que vengo realizando desde el 2008, en el marco del Doctorado en Comunicación de la FPyCS-UNLP, y de una beca de posgrado otorgada por el CONICET.

como las identidades, sociabilidad, género, cultura, poder, entre otras, necesitamos situarnos y justificar el por qué de ese ejercicio. Para eso, decidí rastrear las prácticas de jugadores de rugby de la ciudad de La Plata¹⁸. Conceptualmente, el problema fue volviéndose visible a medida que incursioné en el campo, y que fui comprendiendo las lógicas de dicho deporte. Entiendo como un problema a la *desigualdad*, en términos de distribución de capitales (culturales, económicos y sociales). Esto tiene que ver con el modo en que se legitiman ciertas prácticas y discursos relacionados con una forma (vista y nombrada como legítima) de practicar el rugby, como actividad distintiva y selectiva.

Al ser un objeto poco explorado dentro del espacio académico, no abundan trabajos que argumenten el proceso de configuración histórica del rugby en Argentina. Sin embargo, he intentado reconstruir la práctica a partir de otros trabajos, con un enfoque más historiográfico del campo¹⁹. Indagué cierta bibliografía que ha sido referencia para pensar al rugby en clave histórica, tanto en sus inicios en Inglaterra, como en Argentina. El trabajo de Tony Collins (2006), aporta información sobre la disputa por sentar las bases del rugby (tal como lo podemos reconocer hoy) desde la Inglaterra Victoriana, situando el eje de análisis en los conflictos de clase (la apropiación de la clase trabajadora y de los sectores medios), de género, de nacionalismo y de regionalismo. También pienso desde Archetti (2001) y desde la observación de Palermo (2010), la recreación y apropiación del rugby por parte de los sectores dominantes, en Argentina,

¹⁸ Para ello, construí tres unidades de observación: La Plata Rugby Club, Club Universitario de La Plata y Albatros Rugby Club. He realizado trabajos de observación, entrevistas con los agentes especializados del campo y búsqueda de documentos que ampliaron la explicación de la sociogénesis del rugby en la ciudad de La Plata, y en Argentina.

¹⁹ Realicé una reconstrucción del campo del rugby en Argentina, y la trayectoria de los clubes construidos como unidades de observación en la ciudad de La Plata en Branz (2010).

a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Con Philip Dine (2007), hago visible al rugby como el espacio que garantizó (y garantiza) la construcción de masculinidad vuelta sistema de significaciones emparentadas con la modelación de los cuerpos, asociados históricamente, a las representaciones culturales de las formas de ser *macho* en Francia.

El rugby, en Argentina, no es un deporte de participación masiva. Las lógicas de integración, tienen que ver con obturaciones en el espacio de las instituciones dedicadas a la práctica, que establecen que sólo lo practiquen determinados agentes cuyos capitales acumulados –sociales, culturales, económicos–, sostengan y garanticen la inclusión en el espacio. El *prestigio social* atribuido, por los propios agentes practicantes de este deporte, puede volverse analizable a través de las prácticas y sus discursos, percibidos como legítimos dentro del espacio social. He reconocido, delimitado y nombrado a *mí* sujetos de observación como sectores dominantes. La categoría alude a los agentes mejor posicionados en las estructuras materiales y simbólicas que se establecen a partir la distribución –desigualde capitales. Cabe señalar que en las entrevistas semi-estructuradas como en las entrevistas abiertas que he realizado entre los informantes, rastree la posición en la estructura socio/económica, la trayectoria familiar y el acceso (o no) al sistema de educación Universitario, teniendo como parámetro las barreras que, en sociedades desiguales como las Latinoamericanas, pueden llegar a marcarnos –analíticamente– la posición de los sujetos investigados. Sobre un total de 35 entrevistas, sólo tres sujetos se identificaron, respectivamente, como empresario, empleado de comercio y estudiante de nivel secundario; los demás se presentaron como profesionales egresados de carreras universitarias, o como estudiantes de la Universidad²⁰.

²⁰ En este trabajo, ponemos en tensión contextualmente las representaciones

Pienso desde Bourdieu (1979-1998) a la estética corporal, y a los modos de disposición de las prácticas corporales –la relación con el tiempo y el espacio–, de los diferentes sujetos como inescindibles de las posiciones, material y simbólica, que ocupan esos sujetos, en el mundo social. Diría Bourdieu que:

[...] para comprender la distribución de la práctica de los diferentes deportes entre las clases, sería necesario tomar en cuenta la representación que, en función de los esquemas de percepción y de apreciación que les son propios, las diferentes clases se hacen de los costes (económico, cultural y físico) y de los beneficios asociados a los distintos deportes, beneficios ‘físicos’ inmediatos o diferidos (salud, belleza, fuerza –visible, con el culturismo, o invisible, con el higienismo– etc.), beneficios económicos y sociales (promoción social, etc), beneficios simbólicos, inmediatos o diferidos, ligados al valor distributivo o posicional de cada uno de los deportes considerados, es decir, todo lo que concurre en cada uno de ellos por el hecho de que sea más o menos raro y esté más o menos claramente asociado a una clase [...] (1979-1998:17).

Por lo tanto, intento situar la mirada no sólo en las condiciones históricas en relación a la distribución de los bienes materiales, y el lugar que ocupan los sujetos de mi investigación en la estructura socio/económica, sino que también trato de volver analizable lo que Bourdieu llamaría *hexis* corporal²¹, y a su correspondiente representación mediante estrategias discursivas.

sociales sobre las profesiones liberales y la posibilidad (en términos simbólicos) de acceder a la Universidad, en tendencia, pensadas a través de discursos hegemónicos como los del Estado y los medios de comunicación masivos en Occidente.

²¹ Asociada al cuerpo externo.

El rugby, diría Dunning (2003), puede describirse como una batalla simulada entre equipos, pero también conforma un ámbito propicio para el despliegue de agresividad y potencia masculina. Para Bourdieu (1993), pensando en Francia como territorio posible de análisis, la exaltación de la *virilidad* está asociada al rugby. Pero ¿desde dónde la podemos pensar? ¿En dónde se traducen los valores, las estéticas, y las éticas que se institucionalizaron en el rugby? Una de las alternativas, son los cuerpos y sus usos legítimos que organizan y disponen el espacio, como estrictamente masculino.

El cuerpo es un continuo productor de sentido, una oportunidad para enfocar el análisis sobre los *cuerpos del rugby*. Porque el cuerpo se traduce como marca de *lo posible*. El cuerpo, según Le Breton (1999), no es una materia pasiva. Colabora en el proceso de producción simbólica en una época y en sociedades determinadas. Se configura como soporte de una teoría cultural que interviene e interpela al espacio social. Cada movimiento del cuerpo tiene la marca asignada según los condicionamientos de grupo interiorizados. Son propiedad de una comunicación social, de luchas, que expresan emociones y producen actos. Diría González (1999:25), siguiendo a Harry Pross que “toda comunicación comienza en el cuerpo y a él regresa”. Para Citro (2006), sobre la materialidad común de los cuerpos, se construyen prácticas socioculturales disímiles (técnicas corporales cotidianas, modos perceptivos, formas de habitar los espacios, gestos, expresión de emociones), otorgando la posibilidad de elaborar representaciones sobre esas corporalidades y de vínculos diferentes con el mundo.

Si pienso a los modos de sociabilidad, en un marco amplio de socialización, debo construir las técnicas que me orienten a responder las preguntas que quiero contestar. Por lo tanto, pienso en lo que Vasilachis (2008) advierte sobre la investiga-

ción y los métodos cualitativos, a la hora de conocer a mis sujetos de investigación: "Por eso, es necesario interpelarse acerca de qué identidad se presupone del sujeto que se está conociendo, con qué conceptos se arriba a él y a qué teorías ubicadas en qué paradigmas pertenecen esos conceptos. No es que se han de plantear, simplemente, los límites de las teorías, lo que ha de plantearse es lo ilimitado del ser que se manifiesta en la comunicación" (Vasilachis, 2008:209).

Teniendo en claro que debo poner en tensión mis propias definiciones de: identidad (al mismo tiempo que la de alteridad), pertenencia, distinción, estilos de vida, gustos, cultura, y de cómo entiendo las formas subjetivas de vincularse, con las propias representaciones que mis sujetos de investigación tienen de esas categorías, pienso las estrategias para obtener información, que me permita construir relaciones más complejas, desarmando analíticamente las prácticas y los discursos de quienes juegan al rugby en la ciudad de La Plata.

Para eso, parto de una matriz interpretativa cruzando las entrevistas y registros etnográficos, como necesidad de comprender "el sentido de la acción social en el contexto del mundo de la vida y desde la perspectiva de los participantes" (Vasilachis, 2008:204), y las entrevistas en profundidad realizadas fuera del espacio concreto de la práctica.

Por lo tanto, la intención será trabajar sobre un cruce de problemas, preguntas y conceptos a definir, que podría enmarcar en el área temática de *Identidades, Género y Clase*, partiendo desde el rugby como objeto de análisis. Por supuesto que de aquí, se desprenden otros problemas más específicos. Uno de ellos, es el de la construcción de masculinidades, el cual intentaré abordar en este escrito, a manera de *entrada al campo* o primeras aproximaciones. Entiendo fundamental la problemática, para pensar cómo se modeló y moduló el espacio del

rugby en Argentina, y cuáles son sus significaciones culturales respecto a las representaciones sobre lo que trato de entender como *lo masculino* en sociedades como las latinoamericanas. Repaso, en términos de creencias, que la producción y reproducción de este *ethos* de clase y de género, determinaría ciertas obturaciones, movimientos de deslegitimación (en acciones, y desde el lenguaje), de estigmatización, de violencias (material y simbólica), a todo lo que no se configurara dentro de lo denominado como *legítimo* por mis informantes. A partir de este movimiento, habilito y direcciono el problema de investigación para pensar en cómo se negocia la atribución de poder, entre un grupo de hombres, en un espacio modelado para hombres.

DESCRIPCIONES DE CAMPO. APUNTES ETNOGRÁFICOS PARA PENSAR LA CONSTRUCCIÓN DE ESPACIOS SOCIALES

Hace varios meses que mis sujetos de investigación me habían orientado hacia la posibilidad de hacer una observación participante en tiempo y espacio concreto: su práctica de rugby. Recuerdo una de las tantas salidas nocturnas a bares de la ciudad de La Plata, cuando coincidimos con la mayoría del plantel de jugadores de Albatros (yo había acordado con mi informante clave encontrarnos en ese bar). En ese entonces, estaba en etapa clave de ingreso al grupo. Nos estábamos conociendo. Yo intentaba lograr empatía con algunos integrantes del equipo, y ellos, dada mi intromisión, pretendían –justificadamente– saber cuál era el objetivo de mi acercamiento. No ocultaba nada. Expliqué que trataba de entender sus pautas culturales construidas en grupo, para un trabajo de Doctorado. Cuestiones que necesitaba entender, y que ellos podrían ayudarme a comprender.

Yo los conocía a través de mi informante clave²². Había logrado una cordial relación y un reconocimiento por parte de uno de los máximos referentes del equipo. La aceptación de éste fue central para mi ingreso al campo. Sentí que el momento clave para comenzar mi entrenamiento junto a los deportistas se dio justo después de mi asistencia a una peña folclórica organizada por "Tato", el referente en cuestión. En la fiesta, frente a la eventual falta de cerveza, accedí a prestarle algo de dinero para comprar más bebida. La posterior muestra de agradecimiento de Tato me dio la confianza suficiente para iniciar los entrenamientos. A su vez, había asistido a varios partidos, y a su correspondiente *tercer tiempo*²³. Allí amplíé el espectro de actores conocidos dentro del club, lo cual reafirmaba y justificaba mi presencia.

Volviendo a aquella noche de bar, en uno de los diálogos con uno de los *Forwards*²⁴ del equipo, ante mis preguntas relacionadas al partido suscitado esa misma tarde, me tomó con fuerza de uno de mis brazos (envolviendo casi todo mi cuerpo) y me propuso el siguiente desafío: "¿Vos querés saber de nosotros?, el lunes a las 21 horas te esperamos en el club". Eso indicaba que me esperaban a entrenar. Fue un pasaje marcado: por un

²² A partir del año 2009, inicié actividades en un Gimnasio coordinado por Nacho. Allí me encontraba con varios compañeros del club de Nacho, y comencé a interiorizarme, sobre todo, con el lenguaje construido en torno a las prácticas del rugby y a las corporalidades puestas en juego en ese espacio. Cabe destacar que los nombres de los actores sociales son ficticiales.

²³ Luego del partido, históricamente, como ritual, el equipo local recibe a su rival con un agasajo que puede consistir en compartir desde un té hasta bebidas alcohólicas, acompañadas de algún alimento (dulce y/o salado).

²⁴ Son los jugadores del equipo numerados del 1 al 8 y forman el *pack* o la delantera. Conforman el *scrum*, una de las formaciones más reconocidas del rugby, donde 8 jugadores de cada equipo se disponen agachados, enlazados y enfrentados para comenzar a empujar con el objetivo de obtener el balón que ha sido puesto en medio de los 16, y sin tocarlo con la mano. Los *forwards* son los jugadores más fuertes y más pesados (en términos de masa corporal) de la formación de un equipo de rugby.

lado, la propuesta demostraba que era aceptado para compartir el entrenamiento con el grupo. Por el otro, me señalaba que, para ellos, que hay cosas que "sólo me las podrían aclarar jugando".

Aunque seguía haciendo entrevistas para tratar de desentrañar algunos conceptos relacionados a la práctica, todo el tiempo me acordaba de aquel episodio. Sobre todo porque las preguntas o las respuestas durante la entrevista, no significaban el insumo suficiente para comprender lo que yo quería comprender. En esos momentos, esforzaba mi análisis poniendo en juego una definición de *identidad* que Gilberto Giménez retoma de Alberto Melucci, como "la capacidad de un actor de reconocer los efectos de su acción como propios y, por lo tanto, de atribuírselos" (Giménez, 2005:39). Recordé el trabajo de Rodolfo Iuliano (2008) y su etnografía sobre la práctica del golf, cuando mi informante se posicionaba, en ese instante, en actitud pedagógica, reconociendo tanto sus atributos y competencias sobre el juego, al mismo tiempo que me ubicaba en el rol de *aprendiz*.

EL PRIMER DÍA DE ENTRENAMIENTO

Para el jueves de esa semana, habíamos concertado con mi informante clave que yo iba a comenzar a entrenar en su club. Se lo notaba entusiasmado. Me reiteró más de una vez la pregunta "¿cuándo arrancás en el club?". El jueves, a las 17.30, recibo un mensaje a mi teléfono celular. Era de él. Me confirmaba que me pasaría a buscar por el lugar que yo le indicara a las 20.25. En ese mismo mensaje, me advirtió que no llevara shampoo en botella (que lo hiciera en sachet pequeño), y que lo espere listo con la ropa de entrenamiento (es decir, que llegáramos dispuestos sólo a entrenar, sin previo cambio de ropa

en los vestuarios del club). Yo no entendí el por qué de esas dos proposiciones²⁵. Luego le pregunté y me explicó que todo jugador que lleva shampoo en botella, se convierte automáticamente en el *pichi*²⁶ de los que no llevan, en su abastecedor. La cuestión de la ropa, aludía a que “Es costumbre, imagínate que entrenamos a las 21, llegamos todos cansados luego de trabajar y no queremos perder tiempo. Queremos empezar a entrenar. Eso sí, después del entrenamiento algunos nos quedamos charlando, comiendo y tomando algo en la Casona²⁷ del Club”.

A las 20.20 ya estaba listo, siguiendo todas las instrucciones de Nacho, 20.25 puntualmente estábamos arriba del auto rumbo al Club. De donde me recogió, hasta Albatros, hay aproximadamente 15 kilómetros. Mientras él fumaba un cigarrillo, yo le comentaba que estaba un poco nervioso y le preguntaba cómo pensaba presentarme ante los demás²⁸. Me dijo: “como uno más”. “¿Te parece?”, pregunté yo. “Sí, como uno más y listo” (con mayor contundencia que la respuesta anterior). Ese *uno más* indica la grupalidad establecida en el espacio del club, como estructura objetiva –y subjetiva a la vez– históricamente constituida, en donde hay delimitaciones que marcan el límite de acción posible, en términos de qué es *lo legítimo*, acordado por el grupo. Claro que, para ser *uno más*, se necesita mucho más que asistir a un espacio un par de veces. Es necesario com-

²⁵ Fue inevitable recordar los veinte años de mi práctica de fútbol y sus pautas de entrenamiento que, justamente, se oponían a estas dos situaciones. Es decir, todos llevábamos shampoo en botella y todos nos cambiábamos en el vestuario antes de entrenar.

²⁶ Como *pichi*, podríamos entender, un posible estado de subordinación ante el pedido o la acción de otros.

²⁷ La Casona es el espacio que funciona como salón de eventos donde se congregan los jugadores luego del entrenamiento, allí comen y beben. El lugar está decorado con retratos de muchos jugadores *gloriosos* (percibidos por los actores del Club) de la historia del Club, de equipos de antaño, y de banderines de otras instituciones intercambiados en determinados partidos disputados.

²⁸ Él, más que nadie, es conocedor del trabajo que intento hacer.

prender las lógicas instituidas como grupo, los relatos que las han construido (y aún continúan), y asimilar cuál es la dinámica y el proceso pautado por el grupo (más o menos explícito).

En el camino pasamos a buscar por el centro de la ciudad a otro integrante del club, yo lo conocía porque es el primo de un ex compañero mío de fútbol. No sé si se acordaba de mí. El auto de Nacho es de tres puertas, decidí –antes que venga su compañero–, trasladarme al asiento trasero para cederle el del acompañante. Desde que subió, hasta pasados diez minutos, sólo hablaron ellos y de un solo tema: rugby. Específicamente, de algunas decisiones que había dicho el entrenador que iba a tomar, y que no las había cumplido. Ellos conversaban sobre los méritos que los jugadores debían cumplir para ser titulares del equipo. Pese a que el entrenador había fijado una serie de pautas de entrenamiento (asistencia regular, complementación de la preparación física con trabajos en el gimnasio), algunos trasgredían dichas normas y jugaban bajo el consentimiento del entrenador como titulares. Durante el viaje hacia el campo de deportes, trataba de entender entonces, la noción de *pertenencia*. Primero, preguntándome por qué, por ahora, a mí no me interpelaba directamente (más allá de mi interés por todo comentario que se suscitara) la charla. Luego, empecé a pensar con Giménez (2005), nuevamente, que el sentimiento de pertenencia a un espacio social implica compartir un núcleo de símbolos y representaciones sociales, como también una orientación común a la acción. Elementos que traducirían el interés de ellos por el rugby, y las entidades relacionales que, ellos mismos constituyen, como grupo.

Un silencio detiene la charla. Es ahí cuando el compañero de Nacho me pregunta: “¿y vos, venís a entrenar?”. Le dije que sí, rápidamente, que “iba a moverme un poco físicamente”. En

ese momento aproveché para preguntarle por su primo²⁹, si se mantenía en contacto. Era más una estrategia de empatía hacia él, que preocupación por su familiar. Me dijo que de vez en cuando hablaba. Desde ese momento, hasta que llegamos al club, siguieron dialogando con Nacho sobre rugby.

Al bajar del auto, el colega de Nacho me mira, e insiste en la idea que lo llevó a dialogar conmigo, minutos antes. Esta vez, intentó mayor precisión buscando, tal vez, nuevas respuestas: “¿así que venís a moverte?”, “sí”, repetí. “¿y jugaste alguna vez?”. En esa pregunta aproveché, no sólo a responderla sino – al mismo tiempo –, a compartir un poco de mis nervios. No sólo le expliqué que jamás había jugado al rugby, y que no sabía con qué me iba a encontrar, sino también, aproveché para explicarle muy llanamente, qué es lo que estaba haciendo con mi estudio. Me miró, lo miró a Nacho, y le dijo “¿qué bichos raros traes al club?”. Nacho dejó que su compañero avance unos metros y con un gesto, articulado entre su mano y su boca, me hizo entender que no hablara más de eso. No volví a repetirlo. Comparé ese momento con los compartidos con Nacho, en otros espacios y tiempos, y noté que había cambiado su modo de dirigirse hacia mí. Comprendí, nuevamente, aquello de ser uno más, y que tal vez algún exabrupto mío, podría modificar la posición de Nacho en el grupo. Este es un punto importante en mi observación, sobre todo si lo relaciono a las entrevistas realizadas a otros actores: que las identidades, principalmente personales, se componen de un fuerte recurso retórico, denominado por Bourdieu (1986) como la *ilusión biográfica*. Consiste en atribuir coherencia y orientación intencional a la propia vida, según el sentido que va tomando lo narrado. Giménez (2005), recoge el concepto para prestar atención a cómo se modela una identidad, teniendo en cuenta los gestos de autocensura espontánea de las

²⁹ El primo no vive en Argentina.

experiencias dolorosas y traumatizantes, como también la preferencia a hacer armonizar el propio relato, con las normas de la moral que se construye dentro de un conjunto de reglas en determinados espacios. Recordaba lo que me decía Nacho, en una entrevista previa, sobre su club: “Yo hablo de romperse el culo, por el tema de romper con el elitismo del rugby, el rugby capaz se ve como un deporte solamente para gente de guita, sin embargo ahí era un club (hablando sobre Albatros) que funcionaba y todo como club de rugby, pero era gente de diferentes estratos, obviamente estaba el de guita y el de no guita; y todos concordaban lo mismo, juego al rugby, soy amigo y todo lo que implica el rugby en sí. Entonces yo entré en ese lugar”.

Comparé este relato anterior y la censura hacia mí posterior (en su espacio de acción). Como en otras entrevistas, la contradicción enunciativa entre quiénes pueden jugar al rugby y quiénes no, se hacía un poco más clara en mi observación participante. Una cosa había sido el relato sobre su propia vida, en aquella entrevista, y otra cosa era observar a Nacho en el momento donde tanto él, como yo, estaríamos pendientes de lo que él haga. Yo, por la necesidad de observar y construir nuevas relaciones en base al registro de mis sujetos de investigación. Nacho porque, más o menos consciente, sabía que todo lo que me había contado sobre su club, *su espacio*, tenía que coincidir con lo descrito en la entrevista³⁰. Planteo la contradicción enunciativa, ya que en todas las entrevistas que realicé, los sujetos expresaron una total apertura en cuanto a quien podía jugar al rugby. La idea de que “cualquiera puede jugar al rugby” entra en

³⁰ La historia de vida permite poner en tensión los conceptos y las acciones puestas en juego con mis informantes. Es la historia de vida, extraída en la entrevista en profundidad, la que nos puede otorgar las pistas sobre las creencias, en términos de representaciones, que ellos tienen sobre su trayectoria de vida, y cómo la *vuelven* relato coherente y orientado basado en múltiples acontecimientos, atribuyendo valoraciones positivas o negativas a las acciones, según sea la posición que ellos ocupan en el relato.

tensión no sólo analizando las trayectorias familiares de los jugadores entrevistados (y ver, en tendencia, sus regularidades), sino también, al reflexionar sobre qué hubiese sucedido si no le hacía caso a Nacho con sus indicaciones sobre cómo debía actuar cuando estábamos con sus compañeros. Y más aún, cómo hubiera accedido a entrenar, si no hubiera conocido a Nacho, y a muchos de sus compañeros, tiempo antes de comenzar a entrenar.

“¿DE DÓNDE SOS?, ¿CON QUIÉN VENÍS?”

Caminamos hacia la cancha donde ya había jugadores entrenando: de plantel superior, de divisiones juveniles y también los denominados *veteranos*. Todos en el mismo espacio, ocupando diferentes porciones. Las instalaciones no cuentan con un gran *comfort*, la iluminación artificial no se corresponde con una buena calidad en cuanto a la potencia de la luz, ni en el campo de juego abundaba pasto (el terreno estaba más bien seco, con mayoría de tierra). Estas condiciones, las hago relativas a las otras dos unidades de observación (La Plata Rugby Club y Club Universitario), donde las condiciones estructurales tienen que ver con una mayor disposición de materiales para un mejor entrenamiento (en todo aspecto).

Varios íbamos llegando. Hay un punto de encuentro, en una de las esquinas de la cancha. Allí todos dejaron sus bolsos, y comenzaron a charlar entre ellos, previo al inicio del entrenamiento. Nacho me llevó hasta el preparador físico del equipo y me presentó: “él es Juan, un amigo, que quiere empezar a jugar”. Nos dimos la mano, y en términos amables, me preguntó si había jugado anteriormente al rugby. También quiso saber cuánto hacía que no practicaba algún deporte. Le comenté que

había jugado al fútbol profesional, y que desde el año 2005 no hacía ninguna actividad deportiva, excepto ir al gimnasio³¹, y jugar en forma recreativa los sábados al fútbol. Le advertí de mis cuatro operaciones: dos en el hombro izquierdo y dos en la rodilla derecha, la información sobre mis lesiones la entendí como una forma de autoresguardo. Pero el preparador físico ni se inmutó, no hizo ningún gesto, de ningún tipo. También le dije que técnicamente no tenía ninguna destreza, a lo cual, tampoco hizo ninguna salvedad, me dijo: “no hay problema, no importa”.

Nacho se retiró de la cancha, hacia una especie de sala médica –ubicada en el mismo club– porque tenían que realizarle una medición de su masa corporal y otro tipo de controles físicos³². Rápidamente el preparador físico advirtió la escena y comenzó a presentarme al secretario técnico del club, a los entrenadores y al manager del equipo. Todos coincidieron preguntándome sobre tres cuestiones: “de dónde era”, “con quién había venido” y “si alguna vez había jugado al rugby”. Por orden, fui contestando que era de La Plata, que había venido con Nacho, y que nunca había jugado al rugby, pero que tenía curiosidad y me atraía el deporte.

A las órdenes del preparador físico, comenzamos la llamada entrada en calor (o pre-calentamiento). Allí nos reunimos con los demás integrantes del plantel, de los cuales, a muchos ya

³¹ Desde hacía dos meses venía intensificando mis trabajos en el gimnasio para fortalecer y aumentar mi masa corporal. Teniendo en cuenta el constante contacto del cuerpo basado en la agresividad (para mis percepciones) del juego y mi casi metro sesenta y cinco de estatura, no podría estar preparado –sin ir al gimnasio–, para contraponer mi fuerza con oponentes (algunos) de casi dos metros de altura y cien kilogramos (o más) de peso.

³² Luego le consulté sobre este tipo de diagnóstico y me comentó que el club lo hace periódicamente para seguir el proceso de cada jugador en relación al desarrollo del entrenamiento y el cuidado de su salud. La revisión está a cargo de un médico y se realiza a través de un equipamiento tecnológico de alta complejidad.

conocía. Se sorprendieron de verme allí y me lo comunicaban con el interrogante "¿qué hacés acá?". Yo ya había aprendido: contestaba que venía a "moverme un rato". Antes de arrancar a trotar para activar los músculos (sobre todo porque la temperatura ambiental empezaba a bajar), coincidimos con la mirada y nos reconocimos mutuamente. Era Tato, que con una sonrisa indicó "qué bueno que viniste". Corrimos a la par, charlando sobre la peña (así la nombró él) que había organizado y a la vez me iba presentando a otros compañeros, les decía, "el es Juan, un amigo". De mis experiencias sobre grupalidad (en fútbol y en ámbitos laborales nuevos), consideré de suma importancia estas escenas con Tato. Tal vez, el máximo referente del equipo, me estaba habilitando a permanecer (por lo menos en el inicio) en el espacio grupal. Lo cual, también, lo entiendo como una especie de *garantía* hacia los demás integrantes del equipo, en cuanto a que por lo menos, en principio, yo no amenazaría la grupalidad cotidiana.

Todos mis entrevistados coincidieron en la forma en que llegaron a jugar al rugby: por intermedio de un amigo, o llevados por sus padres (esto indica un dato ejercido en nombre de una *tradicción*, sobre todo si analizamos cuánto margen de elección de actividades tienen los sujetos –más que nada durante la niñez–, ya sea por condiciones materiales y/o simbólicas). En ese sentido, yo tenía, hasta el momento, las garantías que los propios sujetos me habían explicado en torno a cómo acceder al espacio del rugby.

En el medio de la vuelta, nos cruzamos con *los veteranos*³³. Uno de ellos, mirándonos (más a Tato que a mí), nos dijo con intenciones de saludo: "chicas, ¿cómo andan?". Le pregunté a Tato quiénes eran, y me dijo que eran *los veteranos del club*,

que se juntan todos los jueves ahí a compartir una *tocata*³⁴, y luego a comer y a beber algo. En la segunda vuelta ya se había incorporado Nacho y al pasar, nuevamente, por donde estaban los *veteranos*, esta vez Nacho tomó la iniciativa y los saludó diciendo: "¿Cómo les va a las chicas?". Estaba en presencia de variaciones, según generaciones y según diferentes momentos, los dos grupos (los del plantel superior y los veteranos) se apropiaban de la categoría *chicas* para nombrarse mutuamente. En un espacio profundamente androcentrista como el que estaba interactuando, la categoría *chica* probablemente fijara atributos absolutamente despreciativos y discriminatorios. El enunciado se había convertido en un *estigma* (Giménez, 2005) desacreditando la práctica del otro grupo (ya sea el plantel superior hacia los veteranos, o viceversa). Luego del entrenamiento, le comenté a Nacho –mientras tomábamos unas cervezas–, que me había llamado la atención cómo se saludaban entre los *veteranos* y ellos. Utilizaban la misma categoría para referirse mutuamente. Me dijo, sonriendo, que era una broma y me comentó cuál es la relación con los *veteranos*. Me dijo: "con ellos está todo bien, no hay problema. Los días de competencia nos matan. Nos critican. Algunos creen que se las saben todas sobre rugby. Pero después, está todo bien".

Terminamos las vueltas de precalentamiento y nos pusimos a elongar los músculos, amontonados en un sector de la cancha. Tato tomó la palabra y elevó la voz repitiendo una directiva del preparador físico: "muchachos, el profe dijo en silencio, ¿es tan difícil hacer silencio? Mantenemos el silencio". Nadie habló más. Al costado de nuestro grupo, estaban los entrenadores dialogando con el manager y el secretario técnico, iban llaman-

³³ Así los nombró Tato.

³⁴ La *tocata* es una especie de juego, practicado con la pelota de rugby, que consiste en pasarse la pelota y llegar a una línea de anotación, pero en el que no está permitido *tacklearse*. Es decir, contiene un nivel mínimo de contacto, y de menos agresividad, en relación al rugby.

do de a uno a los que estábamos en el grupo. Pude escuchar al técnico preguntarle a un jugador si podía jugar el sábado. Luego de varios diálogos, confirmé que estaban consultando a algunos jugadores sobre la posibilidad de formar parte del equipo titular el día de partido.

El preparador físico retomó con su voz la actividad. Esta vez, para realizar trabajos físicos coordinativos³⁵. Nos organizó en cuatro filas de diez jugadores cada una, aproximadamente. El terreno estaba marcado con elementos especiales (una especie de platos pequeños de plástico, coniformes) delimitando desde dónde y hacia dónde, debíamos realizar los movimientos. Los ejercicios no demandaban gran complejidad y esto colaboraba en lo que yo consideraba un riesgo: *desentonar* en la grupalidad. Estaba poniendo en juego mis saberes corporales. Ponía mucha atención a lo que indicaba el preparador físico y miraba a mis compañeros que me antecedían en la fila para copiar los movimientos. Así pude darme cuenta que yo estaba rompiendo con una lógica naturalizada de trabajo. En un ejercicio continuo, al llegar nuevamente al punto de partida y repetir el trabajo, mi antecesor, esperaba a sus compañeros de orden de las filas contiguas. Al llegar, y coincidir los cuatro, uno de ellos gritaba: "arriba" o "va". Y así, recomenzaban la acción. Tardé varios minutos en interpretar esa pauta. Eso organizaba y ordenaba, sin advertencia previa, la dinámica del trabajo. Nadie me lo indicó. Llegó un momento en donde yo recomenzaba el trabajo, sin que nadie estuviese a mi lado. Ahí, hice visible esa pauta. Con el paso de los minutos entendí que no estaba desentonando y que lo que estábamos haciendo tenía que ver con mi historia deportiva.

³⁵ Se trata de diferentes movimientos con el objetivo de potenciar la coordinación neuromuscular.

Luego de los trabajos de coordinación, el preparador físico ordenó que nos cambiáramos las zapatillas por los botines³⁶. Me miró y me dijo, desde la posición pedagógica que señala Iuliano (2008) sobre el papel que cumplen sus informantes: "Juan, vos también ponete los botines así empezás a conocer el juego". Le hice caso. En mis intentos de seguir advirtiendo que nunca antes había jugado, el profesor volvió a insistir diciendo: "No pasa nada, se aprende. Aunque sea mirás".

Ya estábamos todos listos. El técnico se acercó y leyó dos listas con sus apellidos correspondientes, de quienes iban a participar del sábado en el partido oficial. Los sábados juegan el equipo superior, que es el equivalente a una primera división, y el equipo de intermedia constituido por quienes quedan afuera del equipo superior. Todos los jugadores, inclusive yo, se dispusieron en un semicírculo, abrazados unos con otros. A ambos lados míos, tenía a dos jugadores que no conocía. Me abrazaron igual. Nadie advirtió nada sobre el abrazo grupal. Lo cual podría indicar que es común que cuando el técnico lee la formación de los equipos, todos esperan la lista, abrazados.

Luego de la convocatoria, dividió el plantel en cuatro grupos. Dos grupos de *Forwards* y dos grupos de *Tres cuartos*³⁷. Junto con tres jugadores más, fuimos los únicos que no realizamos los movimientos de juego. Mis compañeros de espera comenzaron a pasarse el balón de manera recreativa. Me quede sentado a un lado observando cómo trabajaba el resto del plantel. Intentaba descifrar cada movimiento y su fundamento táctico. En un momento el manager (que estaba cerca de nosotros), les

³⁶ En general, los jugadores visten ropa de marcas deportivas reconocidas, de telas resistentes, especiales para evitar las posibles roturas ante eventuales situaciones de juego.

³⁷ Los tres cuartos son también denominados *back*. Son los jugadores numerados del 9 al 15 y difieren habitualmente de los *forwards*, en las características corporales. En tendencia, son jugadores con menos masa corporal y más agilidad y velocidad.

recomendó a los tres jugadores que quedaron fuera, que me incluyeran a mí, en sus actividades. Me incorporé. Me dieron un par de pases, y luego, sin decir nada, voltearon para donde estaban trabajando los grupos de *Forwards* y *Tres Cuartos*, y continuaron dialogando entre ellos. Decidí volver a sentarme y a observar. Mientras, pensaba y me preguntaba cómo era posible asimilar las técnicas de juego. Cómo harían en el Club, para que nuevos integrantes –en la misma situación y trayectoria que yo, en referencia al rugby–, comenzaran a adquirir competencias sobre el deporte. Entendí, dadas las circunstancias, que primero debía mirar. Tendría que observar hasta entender las secuencias del juego. Esa fue mi tarea del día. Mientras, seguía sin hablar con nadie. Nadie se acercó a mí. Sólo la hija del secretario técnico que también me hizo las tres preguntas repetidas en mi estadía: “¿De dónde era?”, “¿Con quién había venido?” y “si alguna vez había jugado al rugby”. Me contó que tenía trece años, que siempre concurría al club, desde pequeña. Juega al Hockey en el Club San Luis³⁸. Era la única chica que había en todo el predio. Comencé a preguntarle sobre su trayectoria deportiva, hasta que llegamos al tema del rugby. Allí me hizo algunas sugerencias: “Lo único que tenés que tener cuidado es con la cara”. Enseguida me contó lo que le había pasado a un jugador del club en un partido. Sufrió un accidente en su cara (producto de un golpe) y debieron operarlo, colocándole una pieza ortopédica de un costo elevado (37.000 pesos) como solución a su problema. Yo le pregunté si seguía jugando y me dijo: “sí, allá está” (señalándolo), y agregó que también sufrió un accidente en su oreja, donde también tuvo que ser asistido

³⁸ El Club San Luis forma parte de la Institución educativa el colegio San Luis, correspondiente a la congregación de orden católica de los Hermano Maristas. Tradicionalmente era un colegio donde asistían sólo varones, y el acceso a la institución era restringido-selectivo. Hoy, son aceptadas mujeres. El Club San Luis también cuenta con un equipo de rugby.

en forma compleja, después que la rodilla de un rival impacta sobre ésta transformando su fisonomía. Hablando sobre su colegio, me contaba que entre sus compañeros, quienes no jugaban al rugby eran “así como...gays” y que jugar al rugby era “lo que correspondía, lo normal”. También compartió conmigo sus reflexiones en cuanto a las diferencias entre el fútbol y el rugby, “el fútbol es para los sucios, y el rugby no. Es más leal”. Aquí me detengo a establecer relaciones y encuentro regularidades en torno a las trayectorias familiares y a lo que podríamos entender como capital escolar y capital cultural acumulado (Bourdieu, 1979, 1998). La joven me indicaba la relación directa entre la institución escolar (San Luis, espacio tradicionalmente masculino y masculinizante), el rugby, y el estatus asignado al pertenecer a alguno de estos dos espacios. O en su defecto –y apelando a las trayectorias familiares y escolares de los sujetos entrevistados–, el acceso y permanencia a la educación universitaria (sea pública o privada), se presenta como condición de posibilidad para permanecer en el espacio social rugby. Así podríamos entender lo que se establece como *cultura legítima del rugby*, dando cuenta de los atributos asignados por sus participantes. Por ejemplo, al asociar la práctica, con lo denominado como *caballerosidad y honor*. En palabras de quienes juegan al rugby, la caballerosidad es:

...vos te terminás de cagar a palos con un flaco, termina el partido y lo saludás, charlas en el tercer tiempo... y además lo tratás de atender bien. Dentro de la cancha le das un golpe bárbaro, te dan un golpe bárbaro y yo si tengo tiempo le doy la mano para que se levante, que se yo, capaz que ahí está la caballerosidad, porque es contacto extremo, porque vos ponés el cuerpo y el otro también, y al mismo tiempo no buscás lastimar, sí bus-

car lastimar pero buscas lastimar para ganar, no para lastimarlo al flaco, de última si lo lastimas "che, ¿estás bien?", eso es constante, yo lo hago y los demás clubes lo hacen, cuando te quedás debajo de un codo de un rugby tenés el aire contado y no te sigue clavando el codo para que te mueras, te ayuda a levantar, ahí es el gesto caballero (dice Gonzalo, jugador de rugby).

Mientras que el concepto de honor es compartido por los participantes del juego como:

... vos pensá que por más que sean 15 contra 15, hay un momento que vos estás frente a un flaco que lo tenés que bajar o lo tenés que pasar, es el uno contra uno, ese uno contra uno lo tenés que ganar. La regla no te permite cagarlo a trompadas, entonces, si a mí me hubiera pasado eso yo lo hubiera ido a buscar al flaco y le hago dos *tackles* más fuertes que el que me hizo. Eso es el honor.

También el honor es asociado a lo que Bourdieu (1979, 1998) llamaría *allocation*. Aquí, no sólo se enmarca el honor emparentado a la pertenencia, sino a las trayectorias escolares, los capitales culturales acumulados (sea por aprendizaje a través de la tradición familiar, o por la obtención de títulos universitarios), y su relación con los atributos estatutariamente ligados a las posiciones sociales que asignan y confieren esos capitales. Nacho explicó que el honor: "es ir al club y que me reconozcan... 'Uh, mirá quien está' y que me conozcan todos, que todos los pendejitos del club sepan quién soy y que te mimen, sentirte perteneciente a un grupo, sentirte perteneciente a un lugar". Por supuesto, que aquí está el valor y los atributos de *lo masculino*. La misma joven me explicaba que el rugby "era cosa de

hombres"³⁹. Y no de cualquier hombre. Es decir, la participación de un espacio como el rugby depende de ciertas condiciones materiales y simbólicas, pero a su vez, asigna un estatus social, impuesto históricamente por la misma práctica y reconocido socialmente. Entre documentos revisados, un folleto diseñado desde la U.R.B.A.⁴⁰, sintetizaba todo lo que las demás entrevistas trataban de explicitar:

Ser *rugbier* es entender que el respeto es innegociable. Es vivir con pasión cada momento de nuestra vida. Es superar la adversidad. Es aprender que el esfuerzo es el único medio posible de trascender. Es escuchar a los más grandes, que por algo son más grandes. Es *cortarse* en la cancha, no *cortarse* fuera de ella. Es imitar los buenos gestos que nos rodean. Es pensar antes de actuar. Es compartir. Es saber que el referee siempre tiene razón, por más que se equivoque. Es decirle no a la violencia. Es hacer amigos todos los sábados y domingos. Es compartir el tercer tiempo hasta el final. Es asumir un compromiso. Es soñar todo el tiempo. Es enseñar con el ejemplo. Es ganar a veces sin ganar. Es cuidar a tu club. Es caminar erguido y con la frente alta siempre. Es saber que el compromiso, la disciplina y todos los valores del rugby se extienden más allá de la cancha y el club y que deben trasladarse a todos los ambientes de la vida.

³⁹ Resulta interesante para un trabajo futuro investigar la contrapartida de lo *honorable*, es decir, qué entienden los actores por *deshonroso*, *avergonzante*. Agradezco esta reflexión al doctor José Garriga Zucal.

⁴⁰ Unión de Rugby de Buenos Aires. Es la institución que nuclea a los equipos de la provincia de Buenos Aires, y que organiza las competiciones de esa zona del país.

Desde el rugby, históricamente, se concibió la oportunidad de conciliar en un espacio, por un lado, la condición de *caballeridad* (basada en la tolerancia, la lealtad, el respeto y la disciplina) y, por otro, la *agresividad* (asociada a las características de violencia de la práctica). A propósito de esta asociación de significados, el trabajo de Geroge Mosse realiza una genealogía del concepto de caballeridad analizando cómo la noción de caballería –propia de la Inglaterra del siglo XIX– es tomada por las clases medias, para construir sus moralidades y sus costumbres. Mosse sostiene que la caballeridad está asociada no sólo a los atributos físicos de un caballero (y su correspondiente virilidad, fuerza y coraje expresados en las posturas y en las apariencias corporales), sino a los modos correctos de comportarse (Mosse, 1996).

En apariencia, si remitimos a la condición dualista, de lo dócil y lo agresivo, o lo violento y lo pacífico, estableceríamos una oposición que en el campo de rugby, se nos presenta como complementaria o necesaria. Es decir, el sistema elaborado históricamente en base a modelos civilizatorios que regularon el espacio del rugby en Argentina, como vínculo deportivo con los sectores dominantes, a través de una lógica apoyada en la razón como forma de descubrir el mundo y construir las propias prácticas, estabilizó y garantizó la necesidad de resguardar un espacio distintivo de clase y, conjuntamente, un lugar seguro para los atributos asociados a una forma tradicional de masculinidad. Una producción y reproducción cultural vuelta naturaleza, vuelta sentido práctico (Bourdieu, 1980, 2007).

IDENTIDAD, PODER Y CORPORALIDADES

Resulta difícil pasar por inadvertido uno de los trabajos que cruza la técnica etnográfica con la práctica concreta del deporte: el del sociólogo Loïc Wacquant (2000, 2006). Al igual que Wacquant –en algún punto–, nuestro trabajo asume un alto grado de inmersión en el campo, y también un profundo nivel de corporeidad puesta en juego, dadas las características de nuestro objeto y nuestros sujetos de investigación. Wacquant comienza su experiencia analítica en un gimnasio de boxeo tratando de registrar, para luego analizar, el sentido práctico de ese deporte y las disposiciones del *gusto* hacia determinadas acciones corporales. Cabe destacar que el investigador no *se vuelve* sujeto investigado por realizar la práctica de su informante. Debe mantener la conciencia de su posición como analista y, a la vez, reflexionar sobre las determinaciones objetivas y subjetivas de sus informantes (y las del propio investigador), y la relación establecida al momento de realizar la etnografía. En nuestro caso, no se trata de transpolar la experiencia de Wacquant sobre el boxeo, hacia el rugby. Pero sí de trazar algunas analogías en relación, sobre todo, al punto de reflexión sobre la técnica etnográfica y el objeto, y el grado de corporeidad del investigador, puesto al servicio de la técnica. Así, seguimos a Wacquant: “Debía estudiar el boxeo en su aspecto menos conocido y menos espectacular: la rutina gris y punzante de los entrenamientos en el gimnasio, la larga e ingrata preparación –física y moral al mismo tiempo–, preludio de las breves apariciones bajo las luces, los ritos ínfimos e íntimos de la vida del gym que producen y reproducen la creencia y alimentan esa economía corporal, material y simbólica tan particular que es el mundo pugilístico” (2000, 2006:23).

Tanto el boxeo como el rugby requieren de técnicas corporales y destrezas lúdicas que les son específicas. Los dos deportes mantienen un profundo nivel de agresividad y violencia que obliga a determinadas percepciones sobre el juego, los rivales, y las acciones durante la competencia, tanto de los actores como del propio investigador. Mi percepción sobre la agresividad y la violencia de ambas disciplinas surge de una posición ajena a dichos ámbitos, a partir de la relación que establezco entre éstos y otros deportes que no se caracterizan por el contacto corporal. En el rugby se desarrollan actividades que se basan en un sistema de fidelidades entre compañeros y rivales, como habitualmente se estructuran los deportes jugados en equipo. Para ello es necesaria la cooperación, sobre todo antagónica. No sólo de los saberes corporales propios depende la seguridad (ante lesiones, sobre todo), sino de la contribución de los contrincantes al entrar en contacto *cuerpo a cuerpo*. Esto implica la incorporación de competencias prácticas que fueron modeladas y moduladas históricamente sólo por -y para- los hombres, fundamentalmente en el rugby. Es decir, dentro de lo que se entendería socioculturalmente como *lo masculino*⁴², marcado por las gestualidades, posturas corporales, lenguajes, acciones determinadas asociadas históricamente al mundo de lo masculino.

En el caso del rugby, y de nuestra situación particular de estudio en La Plata, el club elegido para realizar observaciones participantes, nos permitía pensar en relaciones de género.

Luego de entrenar, llegué al vestidor, y me senté sin hablar mucho al lado de Nacho. En este sector predominaban los ju-

⁴² Siguiendo a Badinter (1994) podríamos establecer que la identidad masculina dominante, en nuestras sociedades, podría emparentarse con el hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse (sí es que es necesario, por la fuerza). Mientras que la identidad femenina, ha de asociarse a las características de docilidad, pasividad, sumisión y a la búsqueda de ser poseída.

gadores más jóvenes del plantel (entre 19 y 23 años), excepto uno de los *forwards* del equipo, uno de los más experimentados. Comenzaron a dialogar entre ellos, hasta que ingresó otro de los jugadores con más experiencia. Yo lo conocía por haber conversado en *el tercer tiempo* de varios partidos. En el campo, ese día, no nos habíamos visto. Nos saludamos (él con un gesto de sorpresa y cordialidad). Se sentó al lado mío, me abrazó, y mirándolo al *forward* experimentado le dijo (refiriéndose a mí, mientras besaba el lóbulo de mi oreja izquierda): "¿está lindo no?"⁴³. El *forward* asintió con la cabeza. Los demás sólo nos miraban y se reían. Yo continué bromeando y no me resistí. Seguía el tono de las acciones, hasta que, sutilmente, maniobré discursivamente para terminar con la broma (si es que era una broma). Fue ahí cuando me miró el *forward* experimentado y me dijo (con entonación, mitad en broma y mitad tenaz): "Si querés ser aceptado, no hables mucho, porque si no, te la podemos poner a la fuerza". Se trataba de una situación repetida, donde había elementos homoeróticos en relación a cuáles son los modos que indicaban, por ahora, cómo debía actuar yo dentro del grupo, y también mostraba cuál era la práctica de algunos experimentados, ante la presencia de un nuevo compañero.

Seguido a esto, el mismo jugador que bromeó con mi lóbulo, le dijo a un joven que estaba en mi lado derecho "por qué no daba bien los pases dentro de la cancha". El joven contestó, riéndose, que "estaba cansado". A lo cual el jugador experimentado respondió utilizando su fuerza física, aplicándole golpes en todo el cuerpo, mientras lo tiraba al piso. En ese momento se replicaron las risas entre todos los que veían esa escena.

Claro que nuestras observaciones no nos dirían nada si no las pusiéramos en cuestión con otros trabajos sobre masculinidades. Es así que comenzamos a establecer relaciones, por

⁴³ Un gesto que parece habitual hacia los que ingresan por primera vez.

ejemplo, con reflexiones sobre prácticas carcelarias entre hombres en Chile⁴³. Algunas situaciones durante la etnografía nos recordaban a esos escritos, haciendo consciente todo el tiempo, que mis sujetos de investigación no eran los mismos que los sujetos chilenos abordados por Parrini y Cabrera (1999). Por ejemplo, la escena relatada hace unas líneas más arriba, nos remitió a poner a prueba dos hipótesis de Parrini y Cabrera: que la subjetividad masculina tiene un origen sacrificial y su ejercicio requiere de un sacrificio permanente para sostenerse; la otra sostiene que dicha identidad se establece y se experimenta como una guerra. El sacrificio y la guerra anunciarán la identidad masculina (Parrini y Cabrera, 1999). En la cárcel hay alguien que debe sacrificar su masculinidad (sometiéndose a violaciones y a convertirse en *caballo*⁴⁴). Alguien debe sacrificarse para que una comunidad se mantenga, según René Girard, retomado por Parrini y Cabrera (1999), "todo sacrificio tiene como fin expiar y desviar la violencia permanente que amenaza a las colectividades humanas; de modo que la violencia, que podría extenderse entre todos los integrantes de una comunidad, sólo recaiga en una víctima que su propia inmolación la disipe y permita una convivencia pacífica".

Entre otras escenas observadas, esta nos permitía trazar algunas recurrencias en relación a los modos de construcción de masculinidad entre un grupo de hombres, más allá de la clase social: la importancia y la disputa por el poder. Ante la ausencia, en el espacio estudiado, de mujeres (al igual que en la cárcel de varones), se intenta ubicar a otros en una posición de sub-

⁴³ Se trata de un trabajo de Rodrigo Parrini y Patricio Cabrera. La investigación fue denominada "Sexualidad entre hombres encarcelados: género, identidad y poder". Una versión del escrito (de 1999) está disponible en <http://www.eurosur.org/FLACSO/artparr.htm>.

⁴⁴ *Caballo*, según Parrini y Cabrera, es una categoría nativa que alude a quien es sometido sexualmente, y tomado como servidor en las quehaceres cotidianos de la cárcel.

ordinación, de subalternidad, y así lograr el valor de *lo femenino*. Nacho nos decía ante la pregunta sobre por qué no había mujeres en los entrenamientos: "el entrenamiento es un lugar para hombres. Y acá sí que voy a ser machista, es el lugar donde te encontrarás con tus amigos y podés hablar tranquilo sobre las minas que te garchaste, las salidas que hiciste, las despedidas de solteros, sin ningún peligro y sin que nadie te joda". No sólo en los vestuarios, si no, desde el lenguaje, o en el juego mismo⁴⁵. Es decir, hay un ejercicio constante por ejercer acciones que coloquen a algunos sujetos en lugares preponderantes en relación al poder grupal, en tanto identidades masculinas (dominantes). Ya sea mediante la fuerza física, o mediante los juegos (y sus respectivos roles) homoeróticos puestos en ejercicio. Aquí coincidimos con alguna reflexión de Parrini y Cabrera (1999), en tanto que "la masculinidad tiene un origen sacrificial... la hombría de todos vale el sacrificio de uno, que asumirá lo que cada cual, en tanto hombre, no está dispuesto a asumir". Alguien se debe someter ante la fuerza del otro, o ubicarse en una posición subordinada, asociada a la sumisión, a la pasividad, a la no resistencia. Pero no cualquiera sirve de víctima. En nuestro caso, ante nuestro esquivo, el sacrificio fue retomado por un joven mediante la recepción de una golpiza. No lo sacrificaron en términos mortales. Sino que a través de él, se mantuvo el ejercicio que garantizó, la estabilidad necesaria para reafirmar las identidades masculinas grupales (y también personales). Nadie fue penetrado sexualmente, pero hubo actos y signos corporales y retóricos, que marcaron un orden identitario, sustrayendo el *honor* de la víctima, y jerarquizando valores en la composición de lo que se entiende por *lo masculino*.

⁴⁵ Referida a una batalla, una competencia con un alto grado de agresividad y violencia.

CONCLUYENDO

Por allí es que trazo las pistas para seguir construyendo analogías, en relación a otros estudios, para poder desarmar los modos en que se establecen desigualdades de género y de clase, legitimadas y vueltas naturales, no sólo en el campo del rugby, sino en –y desde– otras porciones del espacio social. Continuo pensando en la construcción de las identidades en espacios como el rugby, donde se garantiza no sólo una condición de estatus social, sino también de género. Con Giménez (2005) –y por eso intento rastrear desde el cruce de técnicas y perspectivas de campo– entiendo que es necesario rastrear las posiciones objetivas de los agentes participantes de una porción del espacio social, y también las formas simbólicas y subjetivas que esos mismos agentes se forjan sobre sus posiciones, bajo la forma de representaciones. Por lo tanto, esto me habilitaría a pensar sobre las identidades, en palabras de Giménez:

Se puede decir, por consiguiente, que en la vida social las personas y las diferencias de posiciones (fundadoras de identidad), existen bajo dos formas: una forma objetiva, es decir, independiente de todo lo que los agentes puedan pensar de ellas, y una forma simbólica y subjetiva, esto es, bajo la forma de la representación que los agentes forjan de las mismas. De hecho, las pertenencias sociales (familiares, profesionales, etcétera) y muchos de los atributos que definen una identidad revelan propiedades de posición. Y la voluntad de distinción de los actores, que refleja precisamente la necesidad de poseer una identidad social, traduce en última instancia la distinción de posiciones en el espacio social” (Giménez, 2005:38).

Nacho me llevó hasta mi casa, y en el camino, comenzó a contarme, sin que yo indagara, cuáles eran los motivos de su fastidio. Me indicó sobre algunas cuestiones en relación a su pareja del momento, algunas otras cuestiones familiares y su angustia en cuanto a determinados comentarios que su madre y su padre hacían sobre su vida profesional⁴⁶, en términos de lo que esperaban de él. Entre sus expresiones, me decía que sentía malestar en lo que consideraba que sus *amigos de rugby* esperaban de él, y me contó que en unas vacaciones compartidas junto a ellos, le decían: “Dale andá a encararte a esa mina vos, que nosotros vamos atrás tuyo. Con la facha que tenés te levantas todas las minas”, y él me aclaraba, “yo quiero estar tranquilo, si salgo a la noche y no estoy con ninguna mina, también la paso bien. Pero siempre siento como que tengo que estar con una mina. Todo el tiempo mis amigos de rugby, me hacen sentir eso”. En ese momento aproveché, con cierta delicadeza, para hacerle una pregunta que creía fundamental, y le dije que si sentía eso, por qué seguía yendo. Temía que Nacho se enojara por la pregunta. Pero no paso nada. Y tomándose el pecho, me contestó: “porque es mi lugar. Es mi lugar de pertenencia”. Ni bien terminó de explicarme, empecé a comprender ciertas cuestiones que, tal vez, comience a des-velar. Sobre todo, pensando en el malestar de Nacho, y en el jugador que se accidentó y debió ser operado. Hay algo –por supuesto– que comparten como parte de un grupo, y que creen que vale la pena, permaneciendo en el espacio del rugby, a pesar de tener que sostenerse, por ejemplo, a pesar de graves operaciones, y el otro, de una expresión que me estaba indicando un malestar en torno a sus compañeros. Tal vez este último caso, me permita pensar en la posibilidad de hacer visible en Nacho, la oportunidad que

⁴⁶ Nacho no respondía a las expectativas creadas en el seno de la familia: su padre era Ingeniero; su madre, su hermana mayor y su hermano menor eran abogados, y él profesor de Educación Física.

tiene de construir múltiples masculinidades⁴⁷, es decir, alguna variable que decide *mostrar* conmigo, en relación a su identidad masculina.

Esa fue la primera vez que Nacho me confiaba este tipo de reflexiones sobre su vida, y sentí que el alto grado de corporeidad que demandaban mis preguntas de investigación, tenían sentido.

BIBLIOGRAFÍA

- Archetti, Eduardo, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires, FCE, 2001.
- Bourdieu, Pierre (1980), *El sentido Práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- Bourdieu, Pierre (1979), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Santa Fé de Bogotá, Santillana, 1998.
- Bourdieu, Pierre, "L'illusion biographique". En *Actes RSS*, N° 62/63, pp.69-72, 1986.
- Bourdieu, Pierre, "Deporte y clase social" en *Materiales de sociología del deporte*, Barcelona, Ediciones de La Piqueta, 1993.
- Branz, Juan Bautista, "Abordajes sobre la práctica del rugby: significados culturales en torno a la construcción de masculinidad" en Gabriel Cachorro y Ciria Salazar (coordinadores) *Educación Física Argentinex: temas y posiciones*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 2010.
- Citro, Silvia, "Variaciones sobre el cuerpo. Nietzsche, Merleau-Ponty

⁴⁷ A propósito, dice Badinter que: "No hay una masculinidad universal sino múltiples masculinidades, tal como existen múltiples femineidades. Las categorías binarias son peligrosas porque desdibujan la complejidad de lo real en beneficio de esquemas simplistas y condicionantes" (Badinter, 2003:49).

y los cuerpos de la etnografía" en Matoso, Elina (compiladora) *Incertidumbres del Cuerpo. Corporeidad, arte y sociedad*. Buenos Aires, Letra Viva, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2006.

- Collins, Tony, *Rugby's Great Split. Class, Culture and the Origins of Rugby league Football*. Londres, Routledge, 2006.
- Dine, Philip, "Corps et genre: de la masculinité au rugby". *Corps* 1/2007 (n° 2), p. 37-41. <www.cairn.info/revue-corps-2007-1-page-37.htm>. En línea.
- Dunning, Eric, *El fenómeno deportivo. Estudios sociológicos en torno al deporte, la violencia y la civilización*. Barcelona, Paidotribo, 2003.
- Giménez, Gilberto, *Teoría y análisis de la cultura. Volumen II*. México, Conaculta, 2005.
- González, Jorge, "Convergencias paralelas: desafíos, desamores, destinos entre antropología y comunicación" en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época 11- Vol. V. Num. 10. Colima, diciembre, pp. 9-17, 1999.
- Iuliano, Rodolfo, "Me encantaría vivir del golf: apuntes sobre las categorías identitarias operantes en torno a la práctica del golf" en *Revista Question*, La Plata, Vol 1, No 18, 2008.
- Le Breton, David, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- Palermo, Elisa, "Deporte y clases sociales: notas sobre las significaciones sociales del rugby y el hockey en el Hurling Club" en *II Seminario de discusión, investigación histórica y etnográfica sobre las clases medias en la Argentina*, Buenos Aires, IDES, 2010.
- Vasilachis de Gialdino, Irene, "Los fundamentos epistemológicos de la investigación cualitativa" en Cohen, Néstor y Piovani, Juan (compiladores), *La metodología de la investigación en debate*. La